

## Intervención

# Discurso de la Doctora Noemí Sanín Posada\*

## Speech by Mrs. Noemi Sanin Posada

Amigos y amigas de Fedepalma:

No hay mejor maestra que la vida. No hay cátedra más sabia que la adversidad. En estos momentos de increíbles dificultades y desafíos, los colombianos estamos aprendiendo lecciones fundamentales sobre nuestro país, sobre el mundo, sobre nosotros mismos. En ese sentido podrían acabar teniendo razón los viejos maestros, cuando decían que la letra con sangre entra.

Digo lo anterior a propósito de nuestra realidad rural. En ella está una de las grandes enseñanzas que estos años de padecimientos nos tienen que dejar: El futuro de Colombia y de los colombianos está indisolublemente ligado al futuro de sus campos, de su economía rural.

Las ciudades no tendrán una senda segura de progreso mientras que al campo no se le reconozca su papel estratégico en la vida del país. La marginalidad urbana se alimenta de la pobreza rural.

En los próximos años, la columna vertebral de nuestra economía será el desarrollo agroindustrial. Un proceso en donde se unan campo y

ciudad, agricultores e industriales, para aprovechar conjuntamente nuestras riquezas naturales, el conocimiento y el trabajo honrado de todos.

Podemos afirmar contundentemente: tenemos que asumir los asuntos rurales como el gran compromiso para superar la más grave y compleja crisis que hallamos conocido en nuestra historia. Para derrotar la violencia demencial que destruye día a día lo que con tanto esfuerzo hemos logrado construir. A partir de ese compromiso podremos volver hechos lo que hasta ahora sólo han sido discursos electoreros sobre la paz, sobre la equidad y sobre el progreso.

En mi gobierno los temas del campo tendrán el rango de política de Estado. Comprometerán al conjunto de entidades públicas para garantizarle a la acción rural la integridad que ésta necesita y el horizonte de mediano y largo plazo que reclama.

No podemos seguir con políticas de choque, con manejos puramente coyunturales y cortoplacistas. La superación de la pobreza, la reducción del desempleo, la erradicación de los

Precandidata Presidencial. En la Instalación del XXIX Congreso Nacional de Cultivadores de Palma de Aceite. Barranquilla, 6 de Junio de 2001.

cultivos ilícitos, la eliminación de la violencia, únicamente se conseguirán si el país otorga al agro el tratamiento que merece. Si lo transforma en una actividad rentable y en un lugar en donde se puede vivir y trabajar.

El campo necesita una acción integral de largo aliento para darle a la Nación cimientos firmes. La Colombia del Siglo XXI surgirá de un sector rural pujante.

El proceso de globalización que vive el mundo nos ha llevado a repensar los temas del desarrollo rural y agropecuario. Esto ha sucedido en Colombia, en Latinoamérica y en el Sudeste Asiático, cuyas experiencias bien conocen los palmeros de nuestro país. Es el caso del sector de la palma de aceite, que logró sortear con éxito el impacto de la apertura, e incluso, mejoró su desempeño en los mercados externos. Esto gracias a que desarrolló una fuerte estructura de apoyo institucional, que promovió una cultura organizativa soportada en una eficiente gestión de ustedes señores empresarios.

No sucedió lo mismo con los cultivos transitorios que desarrollaron sus ventajas apoyados exclusivamente en la protección que brindaba el esquema de sustitución de importaciones.

El éxito que, superando todo, han logrado ustedes, nos comprueba que en la nueva visión y comprensión de la producción agropecuaria ya no se trata de productores aislados, sino organizados para lograr lo que los economistas denominan economías de escala, con sus consiguientes reducciones en los costos de producción.

Esto vale no sólo para los grandes productores. Resulta especialmente importante para los medianos y pequeños, que por esa vía logran desempeñarse exitosamente en los mercados.

De hecho, la palma de aceite ha sido uno de los cultivos que ha servido de modelo para crear empresas exitosas en las que participan los pequeños agricultores en alianza con productores de diversos tamaños y con las empresas procesadoras. Ellas jugaron un papel fundamental en el impresionante desarrollo palmicultor de Malasia e Indonesia.

En nuestro país, la vinculación de cooperativas a la actividad de la palma de aceite ha significado un cambio pionero en las relaciones entre la empresa y sus trabajadores. Ha nacido un modelo económico altamente eficiente y un instrumento generador de convivencia social.



El caso más notorio e importante es el de Indupalma, que después de liquidar más de 500 trabajadores y abandonar un área de 3.000 hectáreas de plantación, como respuesta a la crisis que generó la apertura económica a partir de 1990, decidió promover la creación de cooperativas entre sus trabajadores y campesinos de la zona y fomentar la formación de sus hijos en los principios de la economía solidaria. Hoy, cerca de 1000 personas realizan las labores de cosecha, alce de frutos, transporte a fábrica y mantenimiento a través de más de 60 cooperativas. Así se ha

incrementado la productividad y elevado sustancialmente el ingreso de la población vinculada.

Así como en Malasia la palma representó un exitoso aporte al proceso de paz y a la sustitución de cultivos ilícitos, en Colombia, el caso de Indupalma y de otros proyectos de base social campesina, como el Programa de Paz y Desarrollo del Magdalena Medio, "Corde-agropaz" en Tumaco y Maríalabaja en Cartagena, se convierten en experiencias válidas que se debe multiplicar.

Hay una terrible inequidad en la doble posición de algunos países desarrollados que son

proteccionistas hacia adentro y aperturistas hacia afuera. Que cierran sus fronteras a nuestros productos, mientras exigen acabar todas las barreras en los renglones en que tienen inmensas ventajas competitivas.

Abramos nuestros mercados pero con posiciones inteligentes y con el mayor pragmatismo posible. La apertura puede ser la bendición o la maldición, es un campo minado que depende de nuestra capacidad negociadora. Esta lección la aprendí y ciertamente la aplicaré desde el Gobierno, porque de ellos depende en buena medida la salud de nuestra economía, la generación de empleo y las posibilidades de negocios para nuestros empresarios, cualquiera que sea su tamaño.

Hablando de mercados, en estos años también aprendimos que no se trata de escoger entre el mercado interno y las exportaciones. El mercado interno es un activo social que todo país defiende. Yo lo haré sin chovinismos, pero con el realismo de saber que es totalmente complementario con nuestro programa de exportación.

El reto exportador en los próximos diez años es grande pero totalmente posible. Es difícil prever un escenario para el 2010 en el cual los ingresos por exportaciones de café y petróleo sean mayores que ahora. Y es imposible poner en marcha un proceso agresivo de crecimiento económico sin una recuperación vigorosa de la inversión privada, la mitad de cuyo componente es importado. Los cálculos del equipo de Sí Colombia indican que sólo podremos salir adelante con el crecimiento que requiere la eliminación del desempleo si logramos multiplicar las exportaciones menores. De ahora en adelante, tienen que ser nuestra mayor fuente de expansión. Le propongo al país que adoptemos como meta para el 2010, 20.000 millones de dólares de exportaciones no tradicionales, es decir, cuatro veces lo que tuvimos el año pasado.

Los agricultores también tienen que pensar conmigo en grande: tenemos que multiplicar nuestras exportaciones!!! Porque ése será instrumento primordial para crear empleos, para crear los muchos empleos que el país necesita para salir de la pobreza. ¿Saben cuántos puestos

de trabajo nuevos necesitaremos antes del 2010? 5 millones!!! La tarea es para pensar verdaderamente en grande y sí que lo vamos a hacer.

Empezamos a entender mejor que la agricultura y el desarrollo rural no se pueden manejar desde Bogotá. Pensar y proyectar el desarrollo rural es también pensar y proyectar el desarrollo de las regiones. La descentralización y, en general, las políticas de ordenamiento territorial, se vuelven una condición necesaria para estructurar y sacar adelante una política de desarrollo rural exitosa.

Se trata de establecer polos de desarrollo en las regiones. Que estén especializados en su estructura física y académica, estimulando una formación y orientada al impulso propio del desarrollo escogido. Especializando además el crédito para la vocación o vocaciones decididas y organizando, de manera técnica, verdaderos centros investigativos complementarios.

Es urgente reestructurar las entidades estatales, especialmente los mal llamados institutos descentralizados. No hay nada más centralizado hoy que los institutos descentralizados. Inclusive, proponemos que algunas de sus funciones y recursos sean trasladados a la competencia departamental. Así se integrarían al proceso de desarrollo regional y serían eficaces en la tarea de organizar las iniciativas, las estrategias y los esfuerzos que haremos desde el Estado, junto con productores y comunidad.

El desarrollo rural es una buena medida una política de manejo del territorio. Una estrategia de transformación rural tiene que ser también una estrategia de reordenamiento territorial.

Así se podrá superar el estadio del peón o del colono desamparado para acceder a la condición de empresarios, bien sean grandes, medianos o pequeños, o de ciudadanos productivos.

Será un esfuerzo solidario y comprometido de empresarios, de nuevos pequeños productores y del Estado, con apoyos económicos y comerciales de países del mundo desarrollado.

Estos años de globalización y de regulación de la economía han llevado a que se reconozca,

finalmente, que el Estado es un actor fundamental en la tarea del desarrollo.

Es falsa la dicotomía entre Estado y mercado. La operación eficaz de los mercados exige acciones claras por parte del Estado. Las fuerzas de mercado, por si solas, no son capaces de crear las condiciones para que se den procesos dinámicos de ahorro y de inversión productivos. Procesos que generen empleo abundante con ingresos dignos.

Se necesita un Estado que no ahorque con impuestos el desarrollo, la inversión y, obviamente, la productividad agrícola. Que no ahorque un sector que es hoy considerado estratégico en el mundo por estar ligado a los problemas de seguridad alimentaria que tienen en alerta al planeta. Y un sector que, por esto, llevaría a Colombia a ser país estratégico ante la amenaza de las hambrunas en el mundo.

Hoy Colombia, con el tema de el resurgimiento de la aftosa en muchos países, y con la peste de las vacas locas, debe propiciar una política que nos permita saber si ésta es una oportunidad de oro coyuntural o si es una nueva y valiosa perspectiva sustentable de exportación.

Para que el campo sea vivible necesitamos, entonces, un Estado que recupere el monopolio del uso de la fuerza, que haga respetar las leyes y que con decisión lidere los necesarios cambios que el país reclama.

Un Estado que recupere la gobernabilidad, que le devuelva a los colombianos sus derechos y que les exija sus obligaciones. En fin, un estado que sea capaz de establecer el principio de autoridad.

Porque digámonos la verdad: El Estado está en franca disolución y su reconstrucción es el más serio programa, no sólo para el próximo gobierno, sino que debe ser el verdadero propósito nacional que nos impongamos como sociedad que busca su supervivencia.

Necesitamos que el Estado sea el que nos garantice la vida y la libertad, necesitamos recuperar el monopolio de la fuerza y de las armas. Para ellos, tenemos que respaldar y

fortalecer las Fuerzas Armadas y garantizar que ellas y la Policía Nacional estén presentes en la totalidad del territorio. Su ausencia secular en tantas partes del país es parte de lo que nos tuvo y nos tiene así.

Proceso de paz no significa receso institucional. El proceso no exonera ni al Gobierno, ni al Congreso de la obligación de trabajar para solucionar los enormes problemas de los colombianos.

Adelantar negociaciones no puede convertirse en un pretexto para cesar la lucha contra la pobreza y el desempleo.

Además para que el proceso de paz sea creíble debe partir de la firmeza, de las reglas claras y sustentarse en mecanismos de verificación internacional. Tiene que tener una dinámica que le permita mostrar logros y resultados. Todos tenemos la impresión de que el Gobierno ha dado mucho y la guerrilla ha cedido poco.

Los abusos de la Farc con la zona de distensión, los salvajes ataques a las poblaciones, los secuestros, las extorsiones, los atentados a la infraestructura y los asesinatos colmaron la paciencia de los colombianos.

No hay crimen bueno. No hay crimen legítimo. El apoyo tanto a la guerrilla, como a los paramilitares, es un suicidio para nuestra democracia.

Para creer de nuevo en el proceso. Para que lo podamos salvar, necesitamos ir mucho más allá de las fotos, de las firmas y de la retórica; mucho más allá de la liberación de unos cuantos secuestrados que celebramos, mientras siguen secuestrando a otros.

Esto es necesario. Pero también lo son nuevos mecanismos de financiación para el agro, que vayan más allá de volver los créditos posibles a intereses bajos. Hemos entendido que, además, es crítico el manejo del riesgo que está involucrado en esas operaciones.

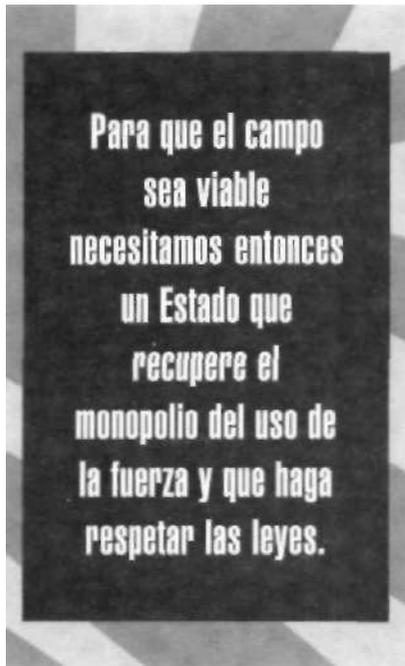
La agricultura es una actividad de mucho riesgo. El Estado tiene que ayudar a mitigar y a repartir equitativamente entre quienes participan del

trabajo honesto. El modelo que quiero fortalecer es el de muchos propietarios agrícolas en grandes y novedosas empresas de talla internacional. Pero también quiero desarrollar muchas otras formas de compartir. El país tiene que aprender a diseñar mecanismos modernos para compartir. Los riesgos, pero también los frutos del esfuerzo. En la propiedad, y en el trabajo. En las tareas colectivas que no podemos dejar a un lado. La agricultura nos dará ejemplos en los próximos años de cuán moderno y justo es crecer y compartir.

Por estas razones, serán elementos fundamentales de mi estrategia gubernamental el seguro agrícola, los fondos de garantías, los fondos de inversión que acompañen en el desarrollo de sus proyectos a los empresarios, y al modelo empresarial establecido con la participación de pequeños productores, compartiendo con ellos los riesgos hasta que logren su consolidación.

Ayer cuando llegué a Barranquilla me esperó un gran amigo. La noche anterior su casa fue quemada, doscientas vacas fueron acribilladas... como se les acabaron los tiros y se trató de destruirlo todo, decidieron cortarles las ubres a todas las vacas. Como se podrán imaginar fue porque los dueños de la finca viven de la lechería. De la noche a la mañana se quedaron sin con qué comer. ¿Podemos seguir sorteando estas realidades de todos los días sin una política de seguridad para el campo? Tenemos que tener un Estado que evite estas atrocidades y encontrar el mecanismo o aseguranza que los mitigue cuando resultan inevitables.

También están marginados los campesinos a otro nivel de seguridad: el de la seguridad social. ¿Conocen ustedes a un campesino independiente pensionado? Debemos hacer un esfuerzo descomunal por lograr que el cubrimiento de la seguridad social llegue a todos los colombianos.



Además, hemos verificado que el país ya no puede sólo apostarle a tener éxito en los mercados internacionales a punta de bajos salarios. Es con valor agregado, con mayor capacitación, con mejor tecnología y con más innovación que podemos mejorar nuestra competitividad. Resulta esperanzadora la posibilidad cierta de desarrollar combustibles a partir de la palma de aceite para conjurar la crisis energética mundial. Los entendidos dicen que en el futuro los países palmeros tendrán economías más sólidas que los países petroleros de hoy.

No podemos seguir estimulando el uso especulativo de la tierra. En cambio, es necesario premiar y apoyar la inversión que convierta la tierra en productiva. Por ello, la reforma agraria mantiene su vigencia en nuestra sociedad, pero modernizada e integral. No podemos pensar en una reforma agrícola que se limite a repartir tierras, muchas veces improductivas. Una reforma agraria no puede estar sustraída de una audaz política agraria.

Debemos sacar a nuestros campesinos del feudalismo e insertarlos en el Siglo XXI con capacitación integral. Hay que cambiar la mentalidad de nuestra gente del campo. Debemos reemplazar la actitud de simple subsistencia por una mentalidad empresarial.

Éste es el único antídoto verdadero contra la violencia, la irracionalidad y la insolidaridad que devastan a nuestros campos y ciudades. Es esa política la que puede crearle una barrera eficaz a las migraciones de campesinos desplazados, por la falta de oportunidades, hacia las zonas de la droga. Una observación al respecto, las estrategias de desarrollo alternativo tienen que ser parte integral de una política de desarrollo rural.

Esos productores capacitados necesitan el apoyo de un trabajo perseverante y responsable de investigación que abarque el conjunto del proceso económico, a la realidad del encade-

namiento productivo que hoy se impone. Una investigación descentralizada y especializada. Una investigación orientada a la atención de las necesidades de los productores organizados, sean pequeños, medianos o grandes. En fin, una investigación que reconozca que sólo con la tecnología apropiada podremos avanzar económicamente.

Recordemos que la biotecnología será a la economía mundial de la próxima década lo que la informática ha sido en los años noventa: la fuente fundamental de innovación y crecimiento. Con tantos recursos naturales, y tanta biodiversidad, Colombia tiene que apostarle esta vez a lo que sí será. El país no puede acostumbrarse a ver pasivamente cómo los países desarrollados innovan y nos dejan sus migajas. La innovación biotecnológica tiene que ser nuestro factor determinante de desarrollo agrícola en las próximas décadas. Mejores controles biológicos de plagas, mejores semillas, mejores especies resistentes a los males del trópico. Mejores posibilidades empresariales para aprovechar nuestros recursos naturales.

¿Lo que he planteado les suena conocido? Si ustedes lo dan como aprendido, para el país de hoy no lo está. Me da pena, pero en la experiencia de los palmicultores colombianos, en su trabajo y organización, encuentro unas bases muy parecidas a lo que yo quisiera hacer en mi gobierno con el sector agropecuario.

Por todo ello, tenemos una gigantesca tarea por delante. Un formidable desafío: Casi cuatro millones de nuevas hectáreas aptas para la agricultura, sin restricciones técnicas, para conformar los polos de desarrollo agropecuario que contribuirán a la consolidación de la paz.

La palma de aceite es una excelente alternativa. La dinámica del sector a nivel internacional, nos confirma que en menos de 20 años la producción mundial pasó de 1,9 millones de toneladas en

1970 a 18,5 millones en 1998. Colombia es el cuarto productor del mundo y participa con el 2,5% de la producción global, mientras que apenas alcanza a 0,43% de las exportaciones en los mercados internacionales.

Hay, entonces, un gran margen para seguir creciendo en el mercado externo, no sólo por su baja participación actual sino por el sustancial incremento previsto en el consumo mundial de aceites. Malasia, el mayor productor del mundo, con una participación del 44% a nivel de áreas sembradas y con cerca del 70% de las exportaciones totales, próximamente sacará al mercado internacional cerca de 560 mil toneladas de aceite crudo para la producción de "fuel oil", lo cual equivale al 4,5% del mercado mundial.

Ésta y muchas nuevas aplicaciones que se están encontrando para productos y subproductos de la palma, nos hacen traer a colación la filosofía "cero emisión" según la cual no se trata únicamente de sacarle más a la tierra, sino de sacarle más a lo que produce la tierra.

Aquí tenemos una gran oportunidad que nos hace pensar que la palmicultura será líder en este proceso de recuperación del agro, y base para una nueva generación

de propietarios en el país, que sirvan de soporte al mejoramiento económico y social de Colombia.

En consecuencia, mi gobierno trabajará de la mano con ustedes para impulsar un agresivo programa de expansión de los cultivos de palma de aceite y estará atento a contribuir en la solución de los obstáculos que aún existen para que aumenten las siembras, de manera que cumplamos y, ojalá, sobrepasemos las metas establecidas por Fedepalma en su visión 2020.

La estrategia propuesta exige, asimismo, de una activa participación de los inversionistas privados, nacionales y extranjeros. Además de darles

**En los próximos años  
la columna vertebral  
de la economía será el  
desarrollo  
agroindustrial. Un  
proceso donde se unan  
el campo y la ciudad,  
agricultores e  
industriales.**

garantías y estímulos, mi gobierno propiciará mecanismos de financiamiento e inversión novedosos y apropiados a las características del cultivo, de forma que rompamos el cuello de botella que se presenta actualmente por este aspecto.

La creación de Fondos de Inversión, que acompañen a los empresarios y al modelo empresarial con participación de pequeños productores en las tareas de desarrollo de los proyectos, compartiendo con ellos los riesgos, hasta que logren su consolidación, puede ser una alternativa. Ya lo fue en los albores del desarrollo del cultivo, cuando el Instituto de Fomento Algodonero, IFA, hacía sociedades con los agricultores que quisieran plantar palma de aceite, aportaba capital y tecnología y compartía el riesgo del proyecto. Así se establecieron algunas de las primeras plantaciones.

Otra operación puede ser la vinculación de los proyectos al mercado de capitales, con la expansión de iniciativas novedosas como la titularización de activos agropecuarios, o incluso, facilitando inversiones sustitutivas de impuestos.

Con muchos de ustedes las hemos venido analizando y estamos encontrando soluciones que faciliten a los inversionistas el acceso a recursos financieros apropiados al ciclo productivo y a las características de la palma de aceite.

Con los actores de cada cadena productiva - y en este caso específico con la de grasas y aceites - tenemos que aprovechar las oportunidades y prevenir las amenazas que se presenten.

Los fondos de estabilización de precios, las franjas de precios, las medidas de salvaguardia y "antidumping" serán mejorados y fortalecidos.

Prestaremos particular atención a la superación de los problemas que hoy en día se presentan en la Comunidad Andina, que han generado todo tipo de dificultades y de distorsiones a la cadena de grasas y aceites y que limitan las posibilidades de expansión de la palma de aceite.

Estoy convencida que el Gobierno, para estos fines, debe ser un socio y apoyo del sector

privado para el crecimiento de los negocios. No debe constituirse en una traba, o en un enemigo.

Señoras y señores palmicultores,

Permítanme una reflexión final, y nada mejor que hacerlo ante la Asamblea de Fedepalma, porque el país debe reconocerles los esfuerzos que han hecho por generar una institucionalidad sólida. Porque es justamente con instituciones así, capaces de conocer las fortalezas y debilidades de su entorno, con quienes se puede construir esperanza.

Todo lo que hemos venido mencionando tenemos que hacerlo o continuar haciéndolo. Pero de nada sirve tener un sector palmícola muy prometedor, si el resto de la economía o de la institucionalidad está haciendo agua.

Tenemos que atajar la disolución del Estado. "Sí Colombia" viene adelantando con un grupo de 500 expertos, en todo el país, el primer programa de gobierno que no nacerá exclusivamente en Bogotá. Un plan de estado al que llamamos 2-27 que le fijará al país un horizonte para los próximos 25 años y le devolverá la capacidad de pensar en grande. Y una propuesta a la sociedad que le demande a cada ciudadano, y a la comunidad, una actitud más productiva, democrática y solidaria.

Porque Colombia lo que necesita es pensar en grande. Saber para dónde va y tener un liderazgo capaz de aunar todas las voluntades en la misma dirección.

Éstas son tareas para empezar ya. Esas son las tareas que adelantará mi gobierno a partir del 7 de agosto del 2002. Esas son las tareas que le abren un camino firme a la paz en Colombia, pues le hacen urgente a la insurgencia su compromiso efectivo con las negociaciones. El adelanto de esas tareas indicará que los colombianos y su nuevo Gobierno no están dispuestos a seguir sumidos en la crisis.

Ustedes supieron sortear la apertura. Hoy la clave de su eficiencia y competitividad radica en las instituciones que pacientemente lograron construir. Si en condiciones tan difíciles como las

que vive el país, si con tantas incertidumbres en materia jurídica y de seguridad personal, si con tantos obstáculos y amenazas, ustedes lograron ser pioneros de la agricultura del Siglo XXI, les garantizo que en el próximo gobierno,

trabajando juntos, con un norte compartido y con la reconstrucción del Estado, no nos va atajar nadie.

Muchas gracias. A trabajar, compartir y producir!